

Terreno de eros

Líquidas formas del gozo

MATEO MORRISON

Terreno de eros

Líquidas formas del gozo

República Dominicana

2017

Terreno de eros. Líquidas formas del gozo
© Mateo Morrison, 2017

Diagramación y arte final: Eric Simó

Ilustración de portada: Julio Natera

Corrección: Pedro Pablo Fernández

Cuidado de la edición: Zaymis Mejía

ISBN: 978-9945-08-799-4

Impresión: Editora Búho

Impreso en República Dominicana

A los poetas
Rafael Abreu Mejía,
Enrique Eusebio,
Adrián Javier
y Federico Jóvine Bermúdez

La parcela erótica de Mateo Morrison

En 1980 tuve el primer contacto con Mateo Morrison, más con la persona que con la obra, al integrarme ese año al Taller Literario César Vallejo, fundado por éste, en 1979, como parte de sus actividades como director de Extensión Cultural de la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Dos años después, tuve la oportunidad de leer su primer libro, *Aniversario del dolor*, publicado en 1973. Desde entonces, y a lo largo de sus más de 40 años como poeta y animador cultural, se me fue revelando un poeta que, más allá de gustos y referencias y de los riesgos propios del oficio, nos mostraba una sensibilidad y una voluntad creativas con un sello particular y único.

A partir de *Visones del transeúnte*, 1983; *Si la casa se llena de sombras*, 1986; *A propósito de imágenes*, 1991, libro inspirado en la pintura de Dionisio Blanco; *Visiones del amoroso ente*, 1991; *Pasajero del aire*, 2010, entre otros, Morrison ha venido desarrollando un decir poético vertiginoso y fecundo.

Con la publicación de *Terreno de Eros. Líquidas formas del gozo*, en el año 2017, Morrison ha dado un nuevo giro hacia una escritura más exuberante y simbólica. En este nuevo libro, el autor despliega una escritura deseante, vinculada al cuerpo. Pasión y placer más allá de la ausencia de vida consumiendo la huella de la existencia humana. Pasión del lenguaje y, a la vez, lenguaje de la pasión.

La concepción erótica de Morrison se debate entre dos extremos; uno, proveniente de su intelectualización del verso, el hombre como ente verbal; el otro, que proviene de la sensualidad innata del poeta, el hombre como ser erótico. En la oposición de los dos polos se produce la extraordinaria riqueza de pensamiento y la complejidad y pluralidad de su erotismo. Deseo por el placer y, a la vez, deseo por la poesía. Subrayo algo que me parece esencial: en la escritura de Morrison no hay un erotismo sino que cohabitan diferentes erotismos: el masculino, el alquímico, el lingüístico, el corporal y otros que quizás se me escapen en la celeridad de estos apuntes.

En materia de sexualidad y erotismo ocurre que entran a jugar un sinnúmero de factores, desde el peso a veces imperceptible pero om-

nisciente de la tradición judeo-cristiana de Occidente, nuestros propios códigos morales, la familia, la cultura y la educación, hasta nuestras experiencias personales, o sea, las respuestas que el medio ha brindado a cada cual en este terreno.

Abarcar todo esto con la palabra intensa, concisa y exacta es casi imposible, pero es lo que hace la poesía. Es lo que ha hecho Catulo, también Petrarca. Propertio, y también Neruda y Paz. El poema de amor procura entrar en el lugar donde cada uno guarda sus infiernos, donde el sexo forma parte de un envenenamiento que conduce a las aparatosas pérdidas de la senectud.

Ontológicamente hablando, y mucho más de toda referencia a la sexualidad, en estos poemas, hay un deseo del otro. O, más bien, existe un deseo de sí mismo por sí mismo a través del otro; en otras palabras: lo Mismo se concibe, se busca y se moldea solamente en la mediación de lo Otro. Y es que, en efecto, la alteridad —aunque sea la del objeto simple— se presenta, en estos versos, como existencia independiente y como exterioridad radical del sujeto. De entrada, es aquello por lo cual la libertad del yo se experimenta como limitada. En la confrontación con el objeto, en *Terreno de Eros. Líquidas formas del gozo*,

el yo hace consigo mismo la prueba de la carencia; en otras palabras, se revela a sí mismo como carencia de deseos, como aquello por lo cual se origina y se despliega el deseo sobre un fondo de “deficiencia” y en términos que a veces evocan un desgarramiento, como en estos versos: “Abisales manías (...). Debilitado (...), mi erótica pulsión envenenada (...), no hay una estrella que dé lumbre a esta herida”.

En Morrison, el proceso del deseo encuentra el objeto-otro como obstáculo a la libertad que debe ser superada, en otras palabras, dialécticamente negada, puesto que la supresión de la alteridad deviene constitutiva de la identidad. También por eso, la explicitación del deseo y la destrucción dialéctica del otro son procesos entendidos por Morrison como verdaderamente correlativos: Así, la consciencia del sí está segura de sí misma solamente por la supresión de ese Otro que se presenta a ella como vida independiente; ella es deseo. Sin embargo, en tanto que la figura de lo Otro tome la forma del simple viviente, su resistencia a la libertad no tiene más que la forma “pasiva” de la naturaleza inmediata. En ella, el Yo no podría encontrar más que una satisfacción puntual e ilusoria, pues lo que quiere es hacer la prueba de su libertad en toda

la extensión de su poder. Es por tanto ineluctable que el momento negativo del deseo, en estos versos, se dirija no hacia el objeto simple, sino hacia el objeto-otro en tanto que libertad. Sólo el encuentro con la libertad-otra puede asegurar al Yo el momento decisivo de su prueba. Lo que hace decir a Morrison: “Aceleren el paso; las voy a seguir hasta encontrar la forma en que los hilos del gozo-placer-disfrute resuelvan mi resurrección (...)”.

Entre la soledad y la comunión del acto sexual Morrison se inclina por esta última: comunión con el mundo, con los otros; vías hacia la diferencia y la otredad que es necesario respetar a la vez que se ama o desea. Los signos eróticos de Morrison son luciérnagas que orientan al extraviado caminante nocturno por el tiempo. Morrison es del criterio de que al hombre actual le quedan muy pocos caminos para escapar de la reducción a que lo ha sometido la civilización moderna. Uno de esos senderos es el amor y el fascinante mundo erótico, la perpetuación del instante, la búsqueda del mundo infinito en que las sombras se confunden con la luz y la luz penetra en el más allá que todo llevamos dentro. Como ha dicho Morrison: “Esas faldas cargadas de colores que impiden ver la plenitud de sus

pubis, se eternizan en las horas. Ahora estalla la cuota de éter que las cubre: estaciones en que se desplaza mi vida, hemisferios en que se divide mi universo (sol, luna, estrella, mar, río, faldas, blusas, pantis, lentes, medias, aretes)''.

Estos poemas de amor necesitan más profunda misión de vida, y la culpa. Entender el misterioso castigo de Onán. Entender porque la vacuidad posterior al orgasmo debe llevarse con palabras que conduzcan hacia el simbolismo de lo erótico y de la desesperación. Para escribir estos poemas de amor-erótico debe comprenderse el sentimiento que lleva a esforzarse en la continuación angustiada de una cotidianidad feroz hecha de refugio y miedo. Todo puede pertenecer a un poema de amor: la intimidad del cuerpo, la dependencia que el desamparo tiene de estas pequeñas zonas calientes y erógenas del amor—“el lugar del excremento” de Yeats--, la fuerza de la posesión que no quiere compartir estas zonas con nadie, y las roturas de todos esos insoportables equilibrios. Oigamos lo que dice el poeta: “El asombro de la inesperada presencia (...)”...transfigura mis deseos, en posesión febril. “A través de las telas, yo adivino sus tibios temblores...Terrero de eros”, pues ellas (...) “siempre dejan un sabor a

cosa que no pudo ser, y esto me estalla en todo el cuerpo”.

Es muy difícil decir lo que significa la presencia del cuerpo femenino, en nuestro poeta. Por lo menos esto: es ahí donde se representa, y muy especialmente a sí mismo, donde se escapa en la elipse de las formas y del movimiento, en la danza, donde escapa a su inercia, en el gesto, donde se desata, en el aura de la mirada, donde se convierte en alusión y ausencia; en suma, donde se ofrece como seducción: “Husmeo sus sentidos entre mareas (...)”. “Oteo sus intenciones y me refugio en teclas de música fúnebre como los telarones sin ofertas creíbles”.

Estos poemas llevan a menudo a algún paraíso personal perdido y sin ningún tipo de pretensiones. La trascendencia aparece cuando, en el preciso momento que leemos estos versos (y, sobre todo, si le añadimos su dulce y sencilla música), ponemos en movimiento significados que las palabras “no sabían” que tenían. Entonces las amamos, y las palabras amadas ya no son las mismas, han perdido su objetividad. No hay optimismo ni pesimismo en estos poemas. Todos ellos van a favor de la vida, incluso los que han sido escritos a partir de la muerte o en torno a ella. Pero no hay que olvidar que es-

tos poemas enmascaran alguna crueldad desde el momento que están dispuestos a revelar algún tipo de dolor, imaginación y deseo.

PLINIO CHAHÍN

Santo Domingo,
14 de enero del año 2017

1

El agua (mar, río, lago) y yo, a cada instante nos disputamos con fiereza el amor de las muchachas. Con el transcurrir me acerco al precipicio, por eso mido la intensidad de la batalla cuando sonrían, al mismo tiempo que presentan flores y espinas.

Me detengo en las posibilidades de percibir las y veo la luna tan enorme que casi nos irrita. Me deslizo en el tiempo. Dilatan las palabras. Un alfabeto de imágenes aparece al agrandarse aún más este astro. Onirismo que se mueve a mí alrededor. Mi cabeza agujereada en plena órbita.

Las distancias, las sonrisas escondidas, ahora oscurecen el resto de mi vida, porque a diferencia de ustedes, la belleza para mí es suburbio de males. Voces cansadas que nunca escucharán, detenidas en un halo inmenso que no conecta con mi espíritu muriente.

Si pudiera inventar de nuevo la Vía Láctea, transitaría estos caminos con escalas que superen el deseo. Como espejismo a ratos, reaparecen y siguen escalando mi psiquis, cuando fenece el intento de dormir.

Soy alguien fundido en su sombra y ahora se interna en el extraño mundo que edifican. Cuando oigo el agua recorrerlas no adivinan que elaboro árboles en mi memoria, mientras sus poros se inundan. Esas faldas cargadas de colores que impiden ver la plenitud de sus pubis, parecen eternizarse.

Coleccionan sus matices; las imagino al cesar la caída del agua y se secan en la toalla encendida de mis ojos. Ahí se rencuentran mis múltiples vahídos, emergen de las paredes; deciden avanzar y de pronto aparecen alegres todavía con algunas gotas que se niegan a morir. Nuevamente, el asombro de la inesperada presencia.

Busco en tiendas, el tamaño exacto de cada uno de los hilos de sus vestimentas. A través de las telas, yo adivino sus tibios temblores... Terreno de eros.

Dejen que perciba su frágil existencia, desplazada en mi estrecho mundo. Ahora, estalla la cuota de éter que las cubre: ciclos en que se desliza mi vida, hemisferios en que se divide mi universo (sol, luna, estrella, mar, río, faldas, blusas, pantis, lentes medias, aretes). Cada una toma su montaña, pico, loma, llanura, plaza; y se vestirán de silencio para que no las vea. Juntas, atraviesan la urbe y se separan para tensar mi cuerpo a la deriva. Reaparecen por calles que confluyen en la esquina de mis ansias.

Osa la ducha caer sobre sus cuerpos, separados de mí por tres paredes. Cada una, a su estilo, tomará su ropa sudorosa de todo el día y se reflejarán en las perchas de mis anhelos. Saben que estoy en algún lugar donde me llegan sus latidos. Al desvestirse, se acarician sus intimidades, pivotan mis ojos para verlas en la magia infinita y extraña del pensar diluido entre almohadas.

Atraviesan los muros y se asombran de mi presencia: entonces caminan hacia su hábitat. Una rosa crece en la cornisa. Se hinchan en el intento de abrazo que se esfuma. Convertidas en medusas de diversas dimensiones, adoptan la tendencia arena en un día de playa.

El horizonte es un barco que naufraga mientras el arte se detiene en las líneas donde deslizan sus anatomías. Se marchan; siempre dejan un sabor a cosa que no pudo ser, y esto me estalla en todo el cuerpo. Voy a morir a vecindarios que invento lleno de desconcierto. No soy quien domina los mares, ni la tierra ni el aire. Me dejaron solo alojándome en una posible promesa.

Hablan con las manos, las piernas, los oídos y seleccionan una frase, una palabra, una sílaba, una letra, mientras espero.

Mudez. Nada de comunicación verbal ni señales. Adivino sus sienes situadas en otros mundos otras experiencias menos penetrantes quizás, algo de superficie o a lo mejor caricias que se instalaron en la niñez, rudezas, violencias, estruendos. Puede ser la plenitud en todas las fibras que dictaminan una pequeña muerte, que revive para reiniciar la ruta hacia líquidas formas del gozo.

Se disparan sus alegrías, pienso yo, a otros senderos y mi presencia es un pretexto más, para que se rocen entre sábanas. Añoran pieles juveniles. Recordarán que hubo momentos en que desfallecían y estaban más propicias al incendio de sus extremidades que se sumergían en la lujuria y en el frío juego de los cuerpos.

Me alejo sabiéndome un ser deshilachado por los años. Esperaba sus piernas firmes caminando por la vieja ciudad, imaginaba sus pasos desafiantes por las calles donde asuían de lejos el inicio de mi condición febril. Las percibí, libres de poemas con imágenes borrosas, en las horas en que fui ovillando su presencia.

¿Ébano eran? ¿Serán pinares? Son ahora, en la distancia caoba, quizás cedro o palmeras. Maderamen de carne, las diviso; lo suave y lo firme confundido. Desde el lecho que invento en la mañana, se desliza el esperma derramado en esta construcción imaginable. Organizo los atriles para iniciar el concierto; coloco bálsamos en las sillas que se supone ocuparán en este rito, donde conviven los músicos del cielo con todos los acordes terrenales.

2

Era una mañana sin sonidos, como los vientos inventados. Desérticas maneras de concebir la existencia. Estaban aureoladas como si el aire les reclamara algo. Los reflectores se ocultaron y sólo estaban ellas.

¡Oh reinas de las calles! no había en los estrechos senderos nada que perturbara sus pisadas. Me detuve en la escena donde parecían morir. Yo estaba ahí, para que ninguna tumba las alcanzara y volaron por encima de los sepulcros disfrutando la condición de inalcanzables. Sé que entraron cobijadas de luz por la Osa Mayor. Cerraron las puertas y me quedé sin sus contornos. Ahora y aquí soy eterno merodeador de camposantos.

3

Las olas exhibidas en vidrieras nublaron sus posibles ardores frente al asteroide que las trajo. Que les crezcan los segundos, los minutos y las horas. Sigo esperando por los días, las semanas, los meses, los años. No puedo retener sus signos. Se anuncian movimientos lentos, miradas a velocidad temprana, labios que destilan oquedades.

4

Deciden detener sus pisadas. Chispas anuncian su arribo. Una circunferencia gira en otra órbita con anillos que no sé distinguir. Se distribuyen en nebulosos lugares donde no se llega a través de la razón. Me instalo en una experiencia alterna a pensar en una millonésima parte de un átomo sensible, donde podían estar escondidas para mí.

Briznas ahuyentan el arribo del polvo, para que no se mezclen con el líquido que recorrió sus entrañas. Cerca de su interés de lejanía se forman las celdas que me atascan el deseo y vibran en los girasoles que apenas me acompañan.

6

Y si el goce se transforma en pared y la pared deviene en cama. Tomo mis manos ahuecadas y las coloco en el centro del placer. Déjenme buscar mi propia caverna para morir en ustedes "bañado de gemidos".

Ellas dirán: —*Claro que usted puede imaginar que somos tuyas. Es la única libertad que reconocen. Mi neuralgia permanente, mis nervios incendiados que no quieren calmar: cenizas de neuronas calcinadas.*

Y agregarán: —*El posible funeral del señor que dice amarnos, nos produce un deseo ardoroso de vivir. Reptiles, frente a mi sepultura donde yacen todos mis vocablos y mis gestos. Me condenan cuando grafican el adiós al cultivar algo que ni siquiera ha nacido. Nunca cedieron en su oposición a mi propósito. La indiferencia multiplicada en sus rostros debió servir para retirar mis olas de su mar.*

Revelaciones del misterio. Pretendo adivinar expresiones en sus cortinas, movimientos naturales con que se inician en el acto de fingir. Circunstancias donde se puede encontrar la extrañeza de una posible espera. Cuántos escondrijos se necesitan para que reaparezcan como sombras agrias ante mí. Aún las espero para exponer la profundidad de sus heridas en mis pupilas envejecidas.

9

Los matices esparcidos por sus iris, están ahí. Combinan las flores diminutas con el instante en que puedo reemprender el camino. Territorio inmenso éste, que atravieso adivinando los soles ya idos. Aquí estoy yo hecho de nada, pretendiendo ser una curvatura en sus recuerdos, un vacío en mi arco particular. Atrapan en mis sueños la libertad que disfrutaban.

Abisales manías, baldosas simétricas, pasto de besos, que perviven guillotizados en el querer. Magullada y fallida, mi erótica pulsación, de pronto envenenada.

11

Tatuado en el centro del dolor, frente a esa masa de espejismos. Cirujanas perfectas de esta zona que va a la raíz. Debilitado, no hay una estrella que dé lumbre a esta herida.

12

El encono es visible, perceptible, el recuerdo. Ojos escrutadores miran, contemplan, piensan. Lo visible es el viento. Lo admirable es la tierra. Lo contemplado, el mar. Lo pensado, la ira que se escapa entre sílabas inasibles.

Condición permeable, la de mi ser. Débil voluntad. Se alejan de ser libres. Están más cerca del crepúsculo, que de lanzarse al abismo. Fracasa mi decisión de resguardarlas en este hueco. Como hojas, aman demasiado al viento. No, no son libélulas: el problema es la libertad de la brisa que las puede llevar a otras estaciones.

Pezuñas puntiagudas en la crispación de sus presencias; estruendos que asesinan, violentas bestias, escisión de lo convencional, caos en las comisuras: vulvas humeantes, falos encendidos. La muerte de los cerebros que concibieron esta fantasía pretendiéndose, propicias al sexo.

Husmeo sus sentidos entre mareas. Sodomi-
zo sus manos agazapadas en riachuelos: me
convidan a una muerte segura por asfixia.
Oteo sus intenciones y me refugio en teclas
de música fúnebre, como los telarones sin
ofertas creíbles.

Karma que se queda flotando entre nosotros.
Esbeltos maniquíes alquilaron esperanzas
yertas, luego salieron de manos con la solem-
ne usura, a entregar los beneficios del sudor
que transpira el pensamiento.

Quisiera preñarlas de luz, encintarlas en navíos. No es posible la divina preñez entre nosotros, ni el arrebató que transmigra gravidez. Como existen cavernas estrelladas y lunas que se imantan. Que el devenir disponga.

Mientras degustan sus frutas; pulpa de diosas, excéntricas, agresivas, buscan sus filosas navajas para escindir un limón y nublar mi vista, en este momento con vocación de eternidad.

Las esperaba, siniestrado, naufragando en tantas tormentas. Ellas degollaron mis sueños, levantaron sus alas y se fueron a la fiesta. Transgredieron de tormentos, al que aguarda.

Sea la poesía una mina sacada de la magia de un lago, pero que al menos, pretenda ser real. Que se pose, en la manera de concebir la noche. Sus desnudeces serían un segundo sueño, que parece cierto, aunque el tercero se produzca al despertar, lleno de humedad.

Lo del alma, es distinto. No sé medir espíritus. No tengo vocación para cosas divinas. Esto que ven aquí, es materia simple sin considerable densidad: esporádicos chispazos del pensar.

En mi cadáver, vivirán. No saldrán a verme mientras danzan en un convento: tumba o sacristía. Del costado izquierdo, como Evas guerreras liberan la mitad del esclavizado paraíso.

Ellas imaginan el final de mi simetría de amor. Tomaron sus atuendos y volaron lejos. Nada las detuvo. Contaron con colinas y un césped perfecto para aterrizar. Me dejaron un recuerdo que apenas diviso: camino de ladrillos ardientes, que nunca imaginé sería mi destino.

No es posible tocarlas, el azogue es la ilusión de un espejo que miente. Están libres de manos arrugadas, huesos que la vida ha chamuscado: fruición de triunfadoras en esta disputa, derritiendo en el traspatio, mis miradas.

Exhibieron sus cuerpos. Hendiduras musitando vocales. Verdaderos andamios, deleite visual en sonoras cascadas.

Cosquilleos les rodean la cintura: melaza en sus miradas, piernas reduciendo la distancia. Se hospedan al final, como siempre, en la estratósfera.

En sus voces, la montaña se descubre: sol, palma, río. Al llegar a la plaza, hay una exposición de paredes grafitadas.

Inclinado, atravieso vitrales para buscar sus plumas. Sé que volaron como garzas lejos de mí. Morderán sus peras y manzanas preferidas. Percibo sus olores y el frutal contorno de sus cuerpos. Mis pasos, lentos, permitirán que se alejen, con semillas en sus pies, para sembrar distancias. Me imagino que ya, alguna, es madre. Sus pezones ardientes, supongo ahora se deslizan amamantando nubes.

Acepto dubitativo, señales que me conduzcan a lugares lejanos, multiplicándome la visión de abismo. Mi mente dirigida por dosis de Duazolán, requeriría que sean tenues y programadas, las caricias. Fuegos esporádicos, en este universo que a ratos ya envejece.

Simultáneamente, arriban a la estación enmochiladas; se abrazan como si fueran un solo cuerpo, en la rapidez de la ciudad, que no da tregua. No saben que abandono cada uno de mis gestos. Este recorrido me hizo suponer que el sexo juvenil, puede llegar hasta quienes en asilos, escapan de una vejez sin barrotes.

No era posible arder sobre esta atmósfera. No había suficiente oxígeno para alimentar la lava íntima, que hierve en la piel de los de la cuarta edad. Sólo respiramos a ratos por ser leve soplo, que entre pálidos instantes de lucidez nos envuelve en un destello, parecido al recuerdo.

¿Estrellas que aparecen en un horizonte diurno? Son ellas, atravesando hendidias por una sola puerta planetaria. Dejan letras en el largo recorrido de un lenguaje fugaz, sin significación para mí. Sellaron con plomo las grietas. Ahora son mi ficción, las trato de plasmar en criptogramas.

Parece que pretenden dibujar el fantasma que casi soy. ¿Qué podría interferir sus pensamientos? ¿Hay señales de artes plásticas en estos designios? No se ve bien a la distancia. Ahora, un imán, un brujo, o un poeta parecen exhortarlas a diseñar letras. ¿Poesía visual, quizás? Pero el día se va, como puñado de aves hacia sus casas. ¿Será esta una historia real? Olvidaba que el sonido ahora es cómplice de huecos afiebrados. Lo real y ficticio se parecen a la alianza entre el sonido y el agua, la poesía y la pintura, la locura y el amor.

Se sienten pisadas. Olvidé que ya habían adquirido la divinidad. Los dioses o semidioses penetran sus carnes diciendo que son espíritus. No se conformen con que todo sea placentero y celestial. Permitan que, por lo menos, a la tierra lleguen suspiros y comprobemos que aunque sea en otra dimensión, aún existen.

Cuando caminan, no pueden adivinar si es diástole o sístole, transmigrando la tensión. A lo mejor, son las dos que intercambian medidas que desconozco: 12/8, 13/10, 18/9. Sigán su rítmico caminar como ciguas palmeras que suben, inundando de erotismo el entorno. Me tomaré la presión, después. Aceleren el paso; las voy seguir hasta encontrar la forma en que los hilos del gozo-placer-disfrute, resuelvan la resurrección, después de morir ahogado de latidos.

Cenizas que anuncian la tentación de separarlas, escapan por escaleras a trenes neblinosos. Empujadas por múltiples ecos, descienden rodeadas de cayenas. Espejismos seductores, que al final las convierte en presas para probables oblicuas ancianidades.

En los brocales se divisan pupilas libidinosas y oscuras. Las muchachas caminan ignorando que pronto, a lo mejor, les tocarán sus senos, profanarán sus sexos en turbio destellar, los malvados se organizan en diversos puentes vecinos, con iguales propósitos y la misma injusta impunidad.

No dejen de escribir antes de irse. No olviden aunque sea una huella en sus correos. No confundan la nada con el desamor y a éste con el odio. Despídanse del no querido, del ausente de hálito, del desapercibido por no danzar en la fiesta de Dionisio, del imperfecto ante el esplendor de Apolo. No le den latigazos desde sus imperiales estaturas, a los que no existiremos nunca en sus sísmicos corazones. Déjennos, por lo menos, un soplido, algo que reviva nuestro orgullo y permita sentirnos, por lo menos, habitantes menores de este cielo: hijos putativos del infierno.

Arriban ahora en una balsa, simulando orgías y superando los asedios de la tempestad. Se colocan en el cénit de la embarcación: no hay lloviznas, y el espacio hídrico está lejos de sus pies. Como vírgenes en su tromba marina, siguen en enseñadas que no estimulan el naufragio. Exhiben brazaletes, y mi arqueológica estadía se difumina en sus mentes que recorren órbitas hastiadas de pernoctar, rodeadas de planetas moribundos.

Se despojan al unísono de todo: palpitantes cuerpos exhibidos en la ondulación que une a la tierra con el cielo, a través de múltiples océanos. Deslustrados los navíos con que trato de alcanzarlas, esquivan mis brazos extendidos. Inventan engranajes que confunden.

¿Se esfumaron sus cuerpos en el recuerdo y se volvieron estatuas líquidas?

Se respira aún, en la cubierta abandonada, un aroma seductor. La arqueada presencia de unos muslos juveniles descansaron en estos camarotes. Nada las contiene, son auras que se colocan entre la realidad y el deseo, la mente y el tacto inalcanzables.

No fue un rapto; ellas estaban arrebatadas y se dejaron cortejar por cantos sirenados en profundos vivideros de peces; donde parece iniciarse otra forma de existir. Estaba cansado; era una cáscara, una veta exangüe sin voluntad. En un contubernio del ojo y la mente se aposentan trémulas en el árbol del bien y del mal.

Aligeradas, siguieron su ruta inclementes, dejándome perplejo y distraído, desmoronándome en mí mismo. Tinieblas que me cruzan en un universo que pensé que florecía. Si encontrara una hamaca me posaría a esperar su improbable retorno.

Sin salir de las hendiduras de mi cabeza, se posan a descansar sus cejas en el pesebre donde momentáneamente resido. ¿Alaridos en el valle donde reaparecen?

Indescifrables sonidos que pueden proceder de cualquier extremo. Se aman entre ellas, o es una legión de mancebos que ahora las acompañan, reanimadas con las más variadas formas de la dicha. No lo sabré. Pero parece que coincide con lo sucedido cuando Eros fue engendrado a través del huevo original y se dividió en mitades. El hijo de Hermes y Afrodita ahora permite que las vea. Entran a las ciudades y se pierde mi búsqueda entre las luces de neón. Son ellas mismas, autotopistas del desamor y del querer triturado. Están entre el nacimiento de nuevas flores y renovadas espinas que engullen el tiempo y reducen el espacio hasta el adiós.

Síntesis biográfica de Mateo Morrison

Nació en Santo Domingo. Es hijo de Egbert Morrison, jamaiquino, y Efigenia Fortunato, dominicana.

En la historia de la literatura dominicana corresponde a la Generación de Posguerra. Es el primer dominicano egresado en Administración Cultural. Estudió en el Centro Latinoamericano y del Caribe para el Desarrollo Cultural. Licenciado en Derecho, Magna Cum Laude, con un diplomado en Derecho de Autor y Propiedad Intelectual y otro en Negocios Jurídicos Internacionales. Posee un Máster en *Filosofía del Mundo Global* por la Universidad del País Vasco.

Ha sido profesor en los grados secundario y universitario. Actualmente forma parte del equipo de jurados de la maestría *Industrias Culturales y Creativas* de la facultad de Artes de la Universidad Autónoma de Santo Domingo. En dicha facultad también impartió la cátedra de Legislación y Derechos Culturales. Ha recibido la distinción Salomé Ureña de Henríquez, que otorga la Secretaría de Estado de Educación. Así como también, por la Cámara de Diputados por su labor cultural. Más de treinta consejos municipales y ayuntamientos tanto en el país como en el exterior lo han distinguido como visitante de honor y el ayuntamiento de Santo Domingo Este (donde nació) le otorgó en forma excepcional la distinción de hijo meritísimo de dicho municipio. Ha recorrido diversos lugares del mundo (América,

Europa, Asia y África), exhibiendo los valores de la identidad cultural dominicana de las diversas vertientes. Más de 40 escritores nacionales e internacionales han escrito acerca de la valoración de su obra literaria y sus aportes a la cultura. Ha recibido reconocimiento de más de 10 ferias del libro nacionales e internacionales. Es presidente fundador de Espacios Culturales y fundador de la Unión de Escritores Dominicanos, donde ostentó la Secretaría General.

Es miembro del Colegio Dominicano de Periodistas, de la Unión de Escritores Dominicanos y del Colegio de Abogados de la República Dominicana.

Dirigió el Departamento de Cultura de la UASD por 22 años, donde coordinó importantes eventos nacionales e internacionales como el Encuentro Internacional de Escritores Pablo Neruda, los Jueves de la Cultura, los Domingos Culturales, el Primer Congreso Nacional de Grupos Culturales Populares y dos encuentros de grupos folklóricos originales. Creó y dirigió la revista *Extensión* de la UASD. Fundó el Taller Literario César Vallejo, institución fundamental en el surgimiento de la generación del 80. Además, ha sido director de Formación y Cooperación Técnica del Consejo Presidencial de Cultura y presidente de esta entidad en su última etapa y pronunció el discurso central en la promulgación de la ley 41-00, acto celebrado ante la comunidad cultural en el Palacio Nacional, encabezado por el Presidente de la República, Dr. Leonel Fernández Reyna, el 5 de julio del año 2000.

Creada la Secretaría de Estado de Cultura, fue director general de Formación y Capacitación, secretario ejecutivo del Consejo Nacional de Cultura,

consultor cultural del Secretario de Estado de Cultura y viceministro de Cultura. Es miembro del bufete de abogados *Consultores Jurídicos y Litigantes Perez, Toribio, Morrison & Asocs.*

Fue consultor en Animación Sociocultural de las Naciones Unidas para el Plan Decenal de Educación de la Secretaría de Estado de Educación y asesor de siete rectorías de la UASD. Miembro del Consejo Universitario de la UASD y presidente de los Organismos Académicos Comunes de esa institución. Dirigió durante 20 años el suplemento cultural "Aquí". Su obra literaria ha sido traducida a ocho idiomas.

Ha participado en un sinnúmero de conferencias, recitales, encuentros mundiales de cultura y poesía, encuentros de escritores y literatura, festivales culturales, reuniones de ministros y altas autoridades de cultura, entre otros eventos.

El 30 de mayo de 2009 recibió en Ohio el título de Doctor Honoris Causa en Humanidades por International Writers and Artists Association y en febrero del año, 2010, recibió el Premio Nacional de Literatura, la más alta distinción que se otorga en vida a un escritor dominicano. En el 2012, el poder ejecutivo lo distinguió con la orden de *Duarte, Sánchez y Mella*, en el grado de caballero por sus aportes a la cultura y los valores patrios. Ha escrito más de 30 obras, correspondientes a diversos géneros literarios.

Obras publicadas

Poesía I, 1969.

Aniversario del Dolor, 1973.

Visiones del Transeúnte, 1983.

Encuentro Internacional de Escritores Pablo Neruda, 1983.

Antología Poética de Juan Sánchez Lamouth, 1983.

Seis Mujeres Poetas, 1989.

Visiones del Amoroso ente, 1991.

A propósito de Imágenes, 1991.

El tema de las madres en la poesía dominicana, 1994.

Abril del 65: visión poética, 1995.

Nocturnidad del viento / Voz que se desplaza, 1996.

Juan Pablo Duarte a través de doce autores contemporáneos, 1996.

La transformación curricular en el área de animación socio cultural, 1996.

Homenaje de los poetas dominicanos a la cultura francesa, 1998.

Política Cultural en República Dominicana: Reto inaplazable, 1998.

La cultura en los barrios I, 1998.

La cultura en los barrios II, 1998.

Hacia una política cultural para el dialogo y la concertación, 1999.

30 años de poesía y otros escritos, 1999.

Hacia una radiografía de la cultura dominicana contemporánea, 2002.

Aida Cartagena Portalatín (Antología Poética), 2002.

No olvidar a los poetas, 2003.

Actas y documentos del encuentro Internacional de escritores Pablo Neruda, 2003.

Pablo Neruda entre nosotros, 2004.

Difícil equilibrio, 2005.

Dorothy Dandrige, 2006.

De carabelas, descubrimientos y encuentro de culturas, 2006.

Soliloquio desnudo y otros poemas, 2007.

Espasmos en la noche, 2007.

El tema del amor en la poesía de Mateo Morrison, 2007.

Un silencio que camina, 2007.

Las palabras están ahí (antología poética), 2008.

Política cultural, legislación derechos culturales en la republica dominicana, 2009.

Mateo Morrison Diversas Miradas, 2009.

Estático en la Memoria, 2009.
Pasajero del aire, 2010.
Ojo de madre, vientos de guerras, 2010.
El abrazo de las sombras, 2014.
La tempestad del silencio, 2014.
Los nacimientos Múltiples de Juan Bosch, 2015.
Viaje hacia el arúspice. Relectura de la obra de José
Mármol, 2015.
Mateo Morrison Antología Poética, 2015

Esta primera edición de *Terreno de eros. Líquidas formas del gozo*, de Mateo Morrison, se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Editora Búho, Santo Domingo, República Dominicana, en el mes de enero de 2017.

